

mente imperfecto, y sus perfecciones negativas, lo que es un absurdo. En segundo lugar, ó estos dos séres eran iguales en poder, y en este caso no habria ni bien ni mal, porque dos fuerzas iguales y opuestas se destruyen mutuamente; ó si el uno era mas fuerte que el otro, hubie-
ra sucumbido el mas débil, combatido por el fuerte durante la eternidad. De aquí se sigue que no hay mal absoluto en el mundo, y que lo que llamamos mal es una imperfeccion, una disminucion del bien: el mal absoluto seria la nada.

En cuanto al mal moral, es decir, en cuanto á las pasiones, á los desórdenes del alma y á los crímenes que son su consecuencia, esto es, el resultado de nuestro libre albedrío, y él es el que debe responder del deplorable abuso que hacemos de nuestra voluntad; mas ¿por qué, preguntan los impíos, se nos ha confiado una arma tan peligrosa y de que podemos abusar? ¿Por qué nos ha dado Dios el poder de desobedecerle? Esto equivale á decir: ¿por qué no somos esclavos? ¿Por qué no somos el juguete de un hado irresistible? En una palabra, es pedirle á Dios cuenta del mas noble y del mas precioso de todos los dones que nos ha concedido. ¿Querriamos que por impedir el mal, nos hubiese privado de la libertad, reduciéndonos á ser meros autómatas, obrando el bien por necesidad! Entonces, ¿cuál seria el mérito de la virtud? por último, aun cuando no pudiésemos contestar á todas las objeciones fundadas en el origen y existencia del mal, esto nada probaria. La existencia de Dios satisface á todas ellas; pues no podríamos concebir que hay Dios sin

los atributos de omnipotencia, de sabiduría y de bondad infinita.

2.º Así, sea que yo fije los ojos sobre el universo, sea que los fije en mí mismo, no puedo menos de reconocer la existencia de un Dios Criador. Mas como ha dicho con razon San Agustin, si la Providencia de Dios no preside á las acciones de los hombres y al gobierno del mundo, no debemos ocuparnos de la religion. Preguntar, pues, si hay Providencia, equivaldria á preguntar si Dios tiene cuidado de sus criaturas, si gobierna este mundo por las leyes que él mismo ha establecido, y si encamina todos las cosas á fines dignos de él. En esto no cabe duda. Dios no ha podido abandonar las criaturas al acaso despues de haberlas hecho; y puesto que se ha dignado criarlas, no es indigno de él gobernarlas y conservarlas. Por esta razon la fé en la Divina Providencia ha sido siempre constante y universal.

Templos, altares, víctimas, himnos sagrados, un culto religioso, he aquí lo que encontramos tanto en el antiguo como en el nuevo mundo. Los paganos veian la mano de Dios en todas partes. Habian dividido el mundo moral, así como material, el entre muchas divindades tutelares. Tenian dioses nacionales y domésticos, dioses para el nacimiento y para los funerales, dioses para la paz y para la guerra: los tenian para los astros, para los mares, para las mieses, las flores, los frutos, los bosques y las fuentes. Esta creencia constituye el fondo de los poemas de Homero, el mas antiguo de los escritores conocidos, despues de Moisés. El

buen pastor Eumeo atribuye el feliz resultado de sus trabajos á la proteccion de Júpiter, que ha bendecido las labores que se le habian confiado. Los cuidados de la Providencia se estienden hasta los animales. Hablando de una paloma, dice Homeroo que el destino no quiso que fuese cogida. Todo nos viene de los dioses; todo debemos esperarlo de ellos, y á ellos debemos dirigirnos para conseguir los bienes que necesitamos. Esta verdad, que es el fundamento de la religion, brilla por todas partes en Homero, pero principalmente en la bella alegoría de las Oraciones, en el libro IX de la Iliada, en que Fénix procura apaciguar la cólera de Aquiles. “Refrena, le dice, esa imperiosa cólera que te domina. No te está bien “el tener un corazon implacable. Los dioses, “mas poderosos que tú, y de una naturaleza “mas escelente, se dejan aplacar. El incienso, “los votos humildes, las libaciones y los sacrificios apartan de nosotros su cólera cuando les “hemos ofendidó. Las Oraciones son hijas del “gran Júpiter; y aunque apenas pueden moverse ni alzar los ojos, siguen de lejos con “pies ligeros á la Injuria, para remediar los males que ésta ha causado. Cualquiera que recibe con respeto á estas santas hijas de Júpiter, puede estar seguro de que será oido favorablemente cuando las invoque; pero si se las “desecha, se dirigen al hijo de Saturno, al gran “Júpiter su padre, y le ruegan que castigue á “aquel que las ha menospreciado, dándole por “compañera á la cruel Injuria (1).”

(1) Tal vez se hallará alguna impropiedad en

Los anales de todas las naciones, la tradicion y la historia, dan testimonio de la antigüedad y universalidad de este dogma, y la razon, de acuerdo con el unánime consentimiento del género humano, nos demuestra que existe un Dios, autor y soberano, Señor de todo lo criado, á quien debemos fé, obediencia, adoracion y amor. ¿Qué importaria que creyésemos en Dios, si haciamos de él un ídolo encerrado en el fondo del Olimpo como los dioses de Epicuro? Por haber negado el dogma de la Providencia, fué considerado este filósofo como un impío.

Se sigue de aquí, que los trabajos y aficciones que tenemos en esta vida, son efecto de la Providencia de Dios, porque nada sucede por el acaso. Que debemos adorarle y darle gracias por los bienes ó los males que nos envíe: confiar siempre en él, y acordarnos en todo tiempo de estas consoladoras palabras del Evangelio: “Considerad las aves del cielo que no siembran ni recogen, y Dios las alimenta: ¿y no valeis vosotros mucho mas que ellas? Ved los lirios de los campos que no trabajan ni hilan; y sin embargo, en el apogeo de su gloria no se adornó nunca Salomon con tan ricas vestiduras como cualquiera de ellos. Y si Dios

las locuciones que contiene esta cita; pero hemos preferido la exactitud en la espresion de las ideas del original, á los adornos del lenguaje, para no desvirtuar los sublimes conceptos del gran poeta, cuya mayor belleza en esta ocasion consiste en la originalidad de los pensamientos y en la sencillez con que los espresa.

tiene cuidado de vestir así á las flores de los campos, ¿cuánto mas cuidado tendrá de vosotros, ¡oh! hombres de poca fé?"

3.º Los dogmas de la existencia de Dios y de su providencia, no son suficientes para constituir toda la religion, se necesita aun un tercer dogma inseparable de los dos primeros. Con efecto, si el sepulcro es el término de la vida humana, ¿qué importa? Volveremos á repetir que creamos y confesemos la existencia de Dios. Sin la esperanza de una vida futura, la moral y la religion no tienen ni sancion ni objeto. El filósofo Bayle ha dicho, hablando de Bruto, que terminó su vida exclamando: *La virtud no es mas que un hombre*, como si se hubiese arrepentido de haberla practicado. Tal vez este célebre romano no padecia la equivocacion que se le atribuye. Si al ejercicio de la virtud no se une la esperanza de los bienes eternos que la Escritura promete á los fieles que la practican, la virtud y la inocencia podrian colocarse en el número de aquellas cosas, á las cuales ha llamado Salomon *vanidad de vanidades y todo vanidad*. Apoyarse en el testimonio de la conciencia y en el de la inocencia, seria lo mismo que hacerlo sobre una caña rota, que hiere la mano del que quiere servirse de ella. Es, pues, evidente que el dogma de una vida futura es una parte tan esencial de la religion, como los de la existencia de Dios y de su Providencia.

Es muy comun deducir la prueba de nuestra inmortalidad, de la naturaleza espiritual del alma. Vemos todos los dias morir el cuerpo, descomponerse, y sin aniquilarse, convertirse

en una cosa que no tiene nombre. El aire, el agua, el fuego, todos los agentes de la naturaleza ejercen sobre él su influjo, como sobre una planta ó sobre el cuerpo de un animal cualquiera. El alma está colocada fuera de la esfera de las cosas sensibles. Pura y sin mezcla alguna, no contiene en sí ningún principio de corrupcion: simple é indivisible como el pensamiento, no hay elemento alguno por activo y sutil que le supongamos, que pueda estinguirla. Lo que llamamos muerte no es mas que la descomposicion de las partes materiales: el alma no tiene partes ni figura, ni situacion respectiva de partes entre sí, y si el cuerpo puede perder la colocacion de las distintas partes que le constituyen, descomponerse y morir, el alma; que nada de esto tiene en su manera de existir, no debe experimentar semejante destruccion. "Hé aquí, decia Fenelon, el argumento mas conveniente y mas decisivo." Sin embargo, debemos confesar que este argumento, por muy poderoso que osea, no es el mas concluyente, porque es posible, se dirá, que el alma sobreviva al cuerpo, pues el cuerpo mismo no se aniquila: mas ¿sobrevive el alma no solo como sustancia, sino como individuo? Despues de la separacion del cuerpo, ¿conserva el alma la conciencia de sí misma? La razon puede sacar de aquí muy fuertes inducciones.

Todos los seres tienen un fin. Es evidente que el del hombre no se cumple sobre la tierra, y si la tumba fuese el término de su existencia, el hombre seria mas infeliz y miserable de todas las criaturas. "Yo no concibo, dice La-

brouyere, cómo un alma á quien Dios ha infundido la idea de su sér infinito, pueda ser aniquilada." A esto debe añadirse, que si el hombre no fuera inmortal, Dios habria defraudado sus esperanzas; porque el deseo de la inmortalidad, el presentimiento de una vida futura, no lo hemos adquirido ni somos dueños de desecharlo, sino que le hemos recibido de Dios con el sér y la vida. Luego, si el mismo Dios nos le ha dado, si este es el fin que nos hace esperar, es preciso que tarde ó temprano lleguemos á conseguirlo. ¿Seria Dios la suma verdad si me engañase en los deseos que él mismo me inspira, y si señalándome como término y fin un gran premio, me imposibilitara el alcanzarlo? Y si esta dicha, para la cual conozco yo que he sido criado, no existe sobre la tierra, preciso es que Dios la halla colocado mas allá del sepulcro. La mejor demostracion de ciertas verdades, se deduce de la suposicion contraria. Esto es lo que ha hecho Masillon en el pasage que vamos á copiar, que es quizá lo mas elocuente que ha escrito.

"Si todo debe acabar con nosotros, dice, si el hombre no debe esperar nada despues de esta vida, si la tierra es nuestra patria, nuestro origen, y la sola felicidad que podemos prométernos, ¿por qué razon no somos dichosos? Si no hemos nacido mas que para los placeres de los sentidos, ¿por qué no pueden nunca satisfacernos, y dejan siempre en el fondo de nuestro corazon la amargura y la tristeza que experimentamos? Si el hombre no es superior á las bestias, ¿por qué no pasa su vida como éstas,

sin cuidados, sin inquietudes, sin disgustos, sin tristeza y gozando de la felicidad de los sentidos y de la carne? Si el hombre no debe esperar otra felicidad que la puramente temporal, ¿por qué no la encuentra en ninguna parte de la tierra? ¿De dónde procede que las riquezas le inquietan, los honores le fatigan, los placeres le cansan, las ciencias le confunden é irritan su curiosidad en lugar de satisfacerla, que la reputacion le abrumba y le embaraza? Procede de que todo esto reunido no es capaz de llenar la inmensidad de su corazon, y de que siempre le dejan algo que desear. Todos los demas seres, contentos de su destino, parecen felices á su modo, en la situacion en que el Autor de la naturaleza los ha colocado. Los astros, tranquilos en el firmamento, no dejan su sitio para iluminar otros mundos: la tierra, constante en sus movimientos, no aspira á ocupar el lugar de las estrellas: los animales se arrastran por las campiñas sin envidiar el destino del hombre que habita suntuosos palacios en las ciudades: las aves se regocijan en los aires, sin ocuparse de si hay otras criaturas mas felices que ellas sobre la tierra. Todo es feliz, por decirlo así; todo está en su puesto en la naturaleza: solo el hombre vive inquieto y descontento: solo el hombre, víctima de sus deseos, devorado por sus temores, y hallando su suplicio en sus mismas esperanzas, se entristece y aflige en medio de sus placeres: solo el hombre no encuentra en la tierra cosa que pueda fijar su corazon. ¿De dónde proviene esto, ¡oh! hombres? De que habiendo sido criados para el cielo, estamos

aquí bajo fuera del lugar que nos corresponde; de que nuestro corazón es mas grande que el mundo; de que la tierra no es nuestra patria, y de que todo lo que no es Dios, es nada para nosotros.

En segundo lugar, si todo muere con el cuerpo, ¿qué es lo que ha podido persuadir á los hombres de todos los siglos y de todos los países, que su alma era inmortal? ¿De dónde ha podido ocurrírsele al género humano la estraña idea de la inmortalidad? Esta comun y general opinion, tan distante de la naturaleza humana, en el supuesto de que el alma muriera con el cuerpo, no hubiera prevalecido sobre la tierra. Si el hombre, así como las béstias no ha sido hecho mas que para el tiempo, debe serle incomprendible la idea de la inmortalidad. Máquinas formadas de lodo, que no debían vivir ni tener mas que una felicidad sensual, ¿cómo podían adquirir ó encontrar en sí mismos tan nobles sentimientos y tan sublimes ideas? Sin embargo, esta idea tan estraordinaria, es la idea universal de todos los hombres: esta idea, tan opuesta al testimonio de los sentidos, es la idea dominante en toda la tierra. Este sentimiento, que apenas hubiera encontrado un inventor en el universo, ha hallado una docilidad pasmosa en todos los pueblos, bien sean salvajes ó civilizados, cultos ó groseros. Remontaos al origen del tiempo, recorred todas las naciones, leed la historia de los reinos y de los imperios: oid á los que han visitado islas y países lejanos y desconocidos, y encontrareis que la inmortalidad del alma ha sido siempre y es hoy

dia la creencia de todos los pueblos del universo.

La sociedad universal de los hombres, las leyes que nos unen los unos á los otros los deberes mas sagrados é inviolables de la vida civil, están fundados en la certidumbre de una vida futura. Si todo muere con el cuerpo, es preciso que el universo se dé otras leyes, que adquiera otras costumbres y otros usos, y que todo cambie de faz sobre la tierra. Si todo muere con el cuerpo, las máximas de equidad, de amistad, de honor, de buena fé y de reconocimiento, no son mas que errores populares, puesto que nada debemos á los hombres que nada son, ningun lazo de culto ó de esperanza nos une á ellos, y que pronto se reducirán á la nada para no volver á ser. Si todo muere con nosotros, los dulces nombres de hijo, de padre, de amigo y de esposo, no son mas que nombres de farsa, títulos vanos con que se nos engaña, pues ni aun la amistad fundada en la virtud es un lazo duradero; nuestros padres que nos han precedido, no existen ya: nuestros hijos no serán nuestros sucesores, porque la nada no tiene descendencia: la sociedad sagrada del matrimonio no será mas que una union brutal, de la que por casualidad nacerian seres que se nos parecerian, pero que sólo tendrían de comun con nosotros la nada. ¿Qué añadiré, en en fin? Si todo muere con nosotros, los anales domésticos, la série de nuestros antepasados, no seria mas que una série de quimeras, pues no puede decirse que hemos tenido antepasados, así como no tendríamos sucesores: el cuidado de conser-

var un buen nombre, sería una frivolidad: el honor que tributamos á la memoria de los hombres ilustres un error pueril, pues sería ridículo honrar lo que ya no existe: la religion de los sepulcros una ilusion vulgar: las cenizas de nuestros padres, de nuestros amigos, un vil polvo que merece arrojarse al viento, porque á nadie pertenece: los últimos deseos y encargos de un moribundo, tan sagrados aun entre los pueblos mas bárbaros, el postrer sonido de una máquina que se destruye: y en una palabra, si todo muere con nosotros, las leyes son una servidumbre insensata: la justicia una usurpacion sobre la libertad de los hombres: la ley del matrimonio un vano escrúpulo: el honor y la probidad no son mas que quimeras.

Ya hemos indicado una por una y sucesivamente las principales pruebas de la existencia de Dios y de su providencia con las criaturas, y la de la certidumbre de una vida futura; pero como se habrá notado, estos tres dogmas se engendran el uno del otro, y pueden reducirse á uno solo, que es de la existencia de Dios. Con efecto; puesto que la idea de Dios contiene por necesidad la de un sér infinitamente perfecto, es decir, todopoderoso, sábio y bueno, lo que mas le importa al hombre que cree en Dios y que conoce el fin para que le ha criado, es averiguar cuál es el camino que haya de seguir para llegar á él; ó lo que es lo mismo, cuál sea la verdadera religion. Para esto debe comenzar por vivir bien y pedir á Dios de todo corazón que le ilumine en negocio tan grave é importante. Atendida la infinita bondad de Dios

y su inmenso amor á los hombres, es imposible que al que de buena fé desee conocer el camino de la vida, y haga cuanto esté de su parte á fin de hallarlo, le niegue los auxilios necesarios para conseguirlo. A fuerza de querer aclarar los misterios de la vida presente y los de la vida futura, aun mas impenetrables, se llega algunas veces á dudar de la existencia de Dios cuyo dogma subordinamos á otros menos importantes, y que no le contienen en sí, en tanto que aquel los comprende á todos. Apliquémonos, pues, por el contrario á reconocer que la idea de Dios contiene en sí todas las otras, así como un principio encierra todas sus consecuencias; y que todas nuestras dudas, todas nuestras penas, todas nuestras incertidumbres, proceden únicamente de que la fé en Dios es débil y flaca en nosotros. Esta verdad impresionó tan profundamente á un célebre escritor aleman, á Juan Pablo Rícher, que la puso en cierto modo en accion en una fantasía poética, intitulada el *Sueño*, que trasladamos á continuacion. "Cuando en nuestra infancia nos cuentan que á la media noche en que dormimos mas profundamente, se presentan á nuestra imaginacion sueños tristes y sombríos; que los muertos salen de sus sepulturas, y en las iglesias solitarias imitan las piadosas prácticas de los vivos, la idea de la muerte nos horroriza á la vista de estas fúnebres imágenes. Cuando se aproximan las sombras de la noche, procuramos apartar la vista de las iglesias y de sus vidrios ennegrecidos: los terrores de la infancia, mas aun que sus placeres, toman á las para revolotear al

rededor de nosotros durante el brevísimo descanso que goza el espíritu en brazos del sueño. ¡Ah! no estingais en nosotros estas vivas ilusiones; dejadnos nuestros sueños, aun los mas sombríos, porque nos son mas agradables que nuestra existencia actual: nos hacen volver á aquella edad en que el rio de la vida reflejaba aun en sus puras ondas el hermoso azul del cielo.— Una tarde de verano estaba yo recostado en la cumbre de una colina; me quedé dormido, y soñé que me despertaba á media noche y en un cementerio. El reloj daba las once. Todas las tumbas estaban entreabiertas, y las puertas de hierro de la iglesia, movidas por una mano invisible, se abrian y se cerraban con grande estrépito. Por las paredes veia desaparecer una multitud de sombras que no eran trazadas por ningun cuerpo: otras sombras lívidas se alzaban en el aire, y solo los niños permanecian quietos en sus sepulcros. En el cielo se veia una nube cenicienta, pesada y sofocante, agitada con violencia en todas direcciones por un fantasma de formas gigantescas. Por cima de mi cabeza oia á lo lejos el ruido causado por la caída de los témpanos de hielo, desprendidos de elevadas montañas, y debajo de mis pies el movimiento producido por la primera conmoción de un gran temblor de tierra. La iglesia se estremecia, y el aire se veia agitado por sonidos aterradores que se sucedian unos á otros en confusa discordia. Algunos pálidos relámpagos arrojaban una luz sombría, y sobrecogido yo por el terror, me ví obligado á guarecerme dentro del templo. Dos basiliscos horribles co-

locados delante de sus ferradas puertas, arrojaban llamas por sus ojos centellantes: yo caminaba entre una multitud de sombras desconocidas, en cuyos pálidos y descarnados rostros, se veia impreso el sello de los siglos. Todas estas sombras se apiñaron al redor del altar, que estaba desnudo y sin ningun ornamento; su pecho respiraba agitándose con violencia: solo un muerto á quien habian enterrado pocos dias antes en aquella iglesia, era el único que permanecia inmóvil en su ferétro: no se percibia palpitation alguna en su seno, y un sueño apacible reflejaba la sonrisa en su semblante: mas al aproximarse un viviente se despertó, dejó de sonreirse, y con gran trabajo abrió sus párpados entumecidos: las órbitas de sus ojos estaban vacias, y en el lado del corazon tenia una herida profunda: levantó las manos y las juntó como para orar; pero sus brazos se alargaron, se separaron del cuerpo, y sus manos cruzadas cayeron en tierra. En lo alto de la bóveda de la iglesia estaba el terrible cuadrante de la eternidad: en él no se veian números ni agujas: una mano negra era la que daba la vuelta con lentitud, y los muertos procuraban leer el tiempo en aquella muestra. Entonces descendió de las alturas sobre el altar, una figura radiante, noble, de elevada presencia, que tenia impresa en su rostro la señal de un dolor eterno; y al verla exclamaron todos los muertos: “¡Oh Cristo! ¿es cierto que no hay Dios? (1).” Y él les res-

(1) Escusado creemos advertir al buen juicio de los lectores, que estas y otras frases atrevidas que

pondió: "No le hay." Todas las sombras empezaron á temblar con violencia, y Cristo continuó de este modo: "Yo he recorrido los mundos, he subido mas arriba del sol, y allí no hay Dios. Despues he bajado á los últimos límites del universo, he mirado al abismo; y he gritado:—Padre, ¿en dónde estás?—mas solo he oído la lluvia que caia gota á gota en el abismo, y la tempestad eterna que ningun orden la rige, es la que me ha contestado. En seguida he dirigido mis miradas hácia la bóveda de los cielos, y solo he encontrado una órbita vacia, negra y sin fondo. La eternidad reposaba sobre el caos y le corroia, al propio tiempo que se devoraba lentamente á sí misma: redoblad vuestro llanto amargo y desconsolador; que vuestros gritos agudos dispersen las sombras, porque todo ha concluido." Las sombras de los muertos desaparecieron como el vapor blanquecino que el frio ha condensado: la iglesia quedó muy pronto desierta; mas de repente ¡oh espectáculo horrible! los niños muertos que se habian despertado á su vez en el cementerio, vinieron corriendo y se presentaron delante de la figura magestuosa que estaba sobre el altar, y le dijeron: "Jesús, ¿no tenemos nosotros padre? Y él les respondió derramando un torrente de lágrimas: "Todos somos huérfanos: ni yo ni vosotros te-

se contienen en este pasage, son producto de ese delirio de que el filósofo aleman se sentia poseido, y que en sustancia no significan otra cosa que el desconsuelo y amargura en que caería el alma si se le arrebataran las sublimes y deliciosas creencias de la religion, que son su dulce alimento.

nemos padre." Al concluir estas palabras, el templo y los niños se abismaron, y todo el edificio del mundo se hundió ante mis ojos en la inmensidad.

"El objeto que me he propuesto en esta ficcion poética, añade el autor, escusará mi atrevimiento. Si en alguna ocasion de mi vida mi corazon fuera tan desgraciado ó se encontrara tan empedernido, que los sentimientos que confirman la existencia de Dios, se extinguieran en él, yo volvería á leer estas páginas, y profundamente conmovido, encontraria en ellas mi salud y mi fé. Hay algunos hombres que niegan la existencia de Dios con tanta indiferencia, como otros la admiten: y ha habido alguno que ha creído durante 20 años, que no ha encontrado hasta el año 21 el minuto solemne en que ha descubierto, enagenado de gozo, el riquísimo tesoro de esta creencia, y el calor benéfico de esta fuente de luz y de vida."

No insistiremos mas sobre esta verdad, á saber: que la idea de Dios constituye la esencia misma de la religion (1). Esta es, segun ya lo hemos dicho, el lazo que une al hombre con Dios, á la criatura inteligente con su criador. De aquí se deduce que toda filosofía, toda moral, toda politica, toda ciencia que no esté fundada en la idea de Dios, se califica justamente, de irreligiosa y no puede conducirnos mas que á un caos tenebroso. Sea el que quiera el culto á

(1) Cualquiera que esté bien penetrado de ella, comprenderá fácilmente el verdadero sentido de la palabra religion.

que el hombre pertenezca si cree en Dios será un hombre religioso en el sentido natural y filosófico de esta palabra. No obstante; los sectarios de un culto particular no pueden vanagloriarse de otra cosa que de tener de Dios una idea mas ó menos racional, pero que no puede ser exacta y positiva sin la luz de la revelacion que es la que purifica el entendimiento humano de los errores y preocupaciones que le oscurecen. Así como la idea del deber ó de la ley moral mas ó menos desarrollada, segun los tiempos los paises y los individuos, del mismo modo la idea de Dios, que es infinita como la del deber, puede ser mas ó menos pura, mas ó menos conforme á la naturaleza de las relaciones que deben unir al hombre con Dios. Todas las falsas religiones han tenido siempre la pretension de creer que cada una de ellas ha sido revelada por Dios; y por consiguiente, establecen el principio de que fuera de su seno no hay salvacion, cuya excelencia es privativa de la religion católica, en la que hasta la filosofia y la razon imparcial de los sábios, aun sin la luz de la fé, descubren caracteres de verdad tan brillantes y sublimes, que no es posible ser buen filósofo sin ser al mismo tiempo católico, como dice oportunamente Tomás Moore en sus célebres *investigaciones*. Creemos que nuestros lectores verán con gusto el bellissimo trozo en que hablando de este asunto el insigne poeta y filósofo ingles, esclama de esta manera: "Yo te saludo, "oh iglesia una y verdadera, porque tú eres el "único camino de la vida. La confusion de las "lenguas no ha penetrado en tus puros y sacro-

"santos altares. ¡Oh! y con cuánto placer descansa mi corazon bajo la sombra de tus augustos misterios. Conozco la oscuridad venerable de tus arcanos, pero los adoro con una fé sincera, piadosa y reverente. El sublime lenguaje de San Agustin satisface todas mis dudas y disipa todas mis oscuridades. Cuando tú razones, religion santa, admiro tu sabiduria: "cuando disputas, creo en tu divina palabra, y "mis ojos descubren tu eminente altura, aunque "mi razon limitada no pueda penetrar tus adorables profundidades."

Con frecuencia se oye decir á personas religiosas, y aun á los sacerdotes católicos, que la religion no se ocupa de política: este es uno de esos aforismos que se repiten todos los dias, pero que no deben tomarse al pié de la letra. Una doctrina religiosa no es mas ni menos que una solucion completa del destino del hombre en esta y en la otra vida, y comprende por consecuencia los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes. Hay, pues, una política verdadera y una política falsa; esto es, una política mas ó menos conforme á la verdad y á la justicia. La religion, á la verdad, no lo hace todo en un pueblo, pero á todas sus instituciones comunica su espíritu. Por esta razon, aunque es cierto que las naciones europeas adquirieron las ciencias y las artes de los griegos y de los romanos, no es menos exacto que el espíritu cristiano ha modificado profundamente el desarrollo y aplicacion de estas mismas artes y ciencias. Bajo este punto de vista, y o n la idea de la importancia de una religion en

bien ó en mal, es como deben considerarse los diferentes cultos que han presidido y que presiden aun los destinos de los pueblos: no hay uno que no se proponga un objeto para la humanidad, y que no tenga por fin la divinidad, por mas que la razon humana se haya estraviado frecuentemente en sus investigaciones sobre este punto, como lo demuestra el prodigioso número de falsas religiones que existen sobre la tierra. Echemos una rápida ojeada sobre este campo dilatado, y veamos cuáles son las máximas religiosas de los mas principales cultos.

SEGUNDA PARTE.

Las religiones mas estendidas sobre la tierra pueden reducirse á las siguientes: La religion *judaica*, cuyos sectarios se dividen hoy en *talmudistas* y *karaitas*. El *cristianismo*, derivado de la primitiva religion *judaica* y dividido en tres ramas principales, á saber: la *iglesia católica romana*, las *iglesias protestantes* y las *iglesias griegas*. El mahometanismo ó *islamismo*, dividido en dos grandes sectas. La religion de *Brahma* ó *brahmanismo*: y la de *Bouddha* ó *bouddhismo*. Omitiremos el tratar del antiguo politeismo griego y romano por ser conocida de todos la mitología. En cuanto á las creencias religiosas de los antiguos asirios y egipcios, ya hemos hecho mérito de ellas en el tratado de la historia antigua. Comencemos, pues, por el *judaismo*, la primera y mas antigua de las religiones conocidas.

JUDAISMO.

La historia del *judaismo* y la del *cristianismo* que le debe su origen, está contenida en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, es decir, de la antigua y de la nueva alianza de Dios con los hombres: esto es lo que se llama la *Sagrada Escritura* ó la *Biblia*, el gran libro por excelencia. Antes de esponer los dogmas y la moral de estas dos religiones, haremos un sucinto análisis de los diversos elementos de que se compone la Biblia: análisis indispensable para la inteligencia de las dos religiones de que vamos á tratar. La primera parte ó el Antiguo Testamento, se compone de cuarenta y seis libros; y la segunda ó el Nuevo Testamento, de veintisiete.

ANTIGUO TESTAMENTO.—1º Los cinco libros de la ley escrita por Moisés ó el *Pentatéuco*, que comprende el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio. En el *Génesis* refiere Moisés todo lo sucedido en las primeras edades del mundo hasta la muerte de José: el *Exodo* es la relacion de la salida de los israelitas de Egipto, la publicacion de la ley de Dios sobre el monte Siná, &c. El *Levítico* contiene los reglamentos relativos al culto divino, puestó al cuidado de los levitas. El libro de los *Números* se llamaba así, porque una parte de él contenia el censo de poblacion de los israelitas. Y el quinto libro llamado el *Deuteronomio*, era una recapitulacion de todos los preceptos dados por Moisés á los judíos, lo